

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

SOCIALISMO DEMOCRACIA

El socialismo, que fué en sus orígenes un movimiento proletario estrictamente subversivo, "evolucionario" a formas mecánicas de organización social. A falta de una nueva concepción del Estado, los socialistas aceptaron las formas históricas del Estado burgués, emprendiendo la tarea de perfeccionar las instituciones sociales en sus bases políticas y económicas.

Para los discípulos de Marx, el mal no reside en el organismo social. El Estado es bueno, dicen, y hoy es la encarnación del despotismo y de la esclavitud en todas sus formas, la culpa es de los gobiernos y de la falta de leyes que miten el abuso y pongan coto a la arbitrariedad de los "malos gobernantes". Sancionar "buenas leyes" y nombrar "buenos representantes" del pueblo en el Parlamento, es la base de futuras realizaciones políticas y económicas. Y en esa labor están empeñados los socialistas desde que abandonaron la lucha revolucionaria para tentar por medios pacíficos la conquista del Poder.

La democracia burguesa, con su declaración de los derechos del hombre, su igualdad ante la ley y su sistema parlamentario, ofrece también al pueblo la posibilidad de que nombre sus representantes y de que éstos hagan las leyes buenas... La legislación social no es exclusivamente socialista, sino que han colaborado en la confección de "leyes obreras" y las han apoyado con su voto, políticos de los partidos burgueses, representantes de todas las clases elevadas y hasta reconocidos declarados enemigos de los trabajadores. ¿Qué diferencia hay, pues, entre los términos "socialismo" y "democracia"?

Para distinguir su acción política de la que desarrollan los demás partidos, los reformistas se han visto obligados a acoplar a la palabra "democracia" los denominativos "burgués" y "proletario". Y así dicen "democracia obrera", con la intención de establecer diferencias esenciales de la "democracia burguesa", aunque por ello logren demostrar que efectivamente se trata de dos principios políticos antagónicos. El proletario o burgués, la democracia es una sola cosa: el gobierno de una minoría elegida, que toma el poder de manos del pueblo y usa de él a discreción, sin freno ni medida.

El mismo caso plantean los "comunistas" cuando agregan a la palabra "dictadura", el denominativo "proletario". ¿Deja de ser ese un



¡Adelante, adelante, adelante! Es un grito que resga las tinieblas y abre un surco de luz en el camino hacia el infinito... ¡Adelante! Y el ejército se pone en marcha. ¡Adelante! Es un alarido infernal que surge del fondo de los siglos y traduce el dolor de muchas generaciones de esclavos. ¡Que nadie se detenga, en esta marcha triunfal, avasallante, arrolladora! Es el odio que está en los pechos, es la infamia que obliga a los gestos desesperados, son veinte siglos de oprobio que se concitan en esta hora solemne para exacerbar las pasiones del hombre: del hombre que sólo supo de humillaciones y de bajezas.

No tembléis de espanto los que jamás supisteis de piedad, hombres de corazón duro y de alma negra. El grito de ¡adelante! puede significar la culminación de la locura, pero en ese gesto está la salvación del hombre. Pobres de los que se quedan atrás, en un vano intento por detener la marcha de ese ejército formado por todos los miserables, por todos los que fueron vencidos hasta hoy, por los que llevan en su pecho la amargura de innumerables derrotas...

¡Adelante, adelante, adelante! Es un toque de atención. ¡Guay de los viles, de los protervos, de los mandones, el día que se ponga en marcha el ejército de los haraposos, de los famélicos, de los sin pan, de los sin luz...

acto de violencia, porque el proletariado otorgue facultades para obrar, a los dictadores salidos de su seno? La dictadura no es ni burguesa ni proletaria: es un hecho de fuerza ejercido por una minoría para imponer determinadas normas de conducta a todo un pueblo. En igual situación, la democracia es siempre un sistema de dominio que se basa en la prevalencia de un grupo social que gobierna en nombre de una mayoría inconsciente y nunca una facultad de auto-gobierno que pueda servir al proletariado para ejercer plenamente su soberanía.

Los socialistas están hoy divididos en dos bandos al parecer irreconciliables. Pero se trata de simples diferencias teóricas — diferencias de táctica en la forma de conquistar el poder —, que no alteran el concepto general del marxismo en sus conclusiones político-económicas. Mientras los socialistas parlamentarios de la vieja escuela re-

formista van a la conquista de la "democracia obrera", eludiendo toda acción revolucionaria y todo cambio brusco del orden social, los llamados comunistas quieren realizar el mismo propósito empleando lo que llaman "dictadura del proletariado". La "dictadura del proletariado" entraña una situación revolucionaria, mientras que el parlamentarismo representa el período "pacifista" en que la democracia está en plena función y los políticos aspiran a imponer su dictadura al amparo de la ley. Se trata, pues, de dos medios distintos, que responden a dos situaciones diversas pero persiguen una misma finalidad...

En París efectuaron recientemente un banquete varios jefes del socialismo inglés, belga y francés. Y en esa comilona, un señor Sembat propuso la creación de una estrecha "entente" con los socialistas de la democracia alemana.

"El imperialismo y la monarquía,

dijo, retornan en Alemania. Las probabilidades de conflictos próximos estarían aumentadas con ello, jugándose los destinos de Europa, no en Francia ni en Inglaterra o Rusia, sino en Alemania".

Y el ex ministro belga Vanderelde, en el mismo banquete, declaró "que no quería que la reducción de las deudas pudiera afectar a las reparaciones"; manifestando que a la vez debía iniciarse una campaña internacional en favor de la paz y en defensa de la democracia alemana. Naturalmente, los reformistas son ante todo, patriotas, y los representantes del socialismo inglés, belga y francés anteponen su patriotismo a toda otra idea de paz y fraternidad universales. "Que el gobierno alemán pague a los aliados, que cumpla con las condiciones impuestas por el tratado de Versalles", dicen esos traidores. Y cuando cumpla con sus acreedores, entonces la democracia alemana podrá contar con

NOTAS

las simpatías y el apoyo del socialismo aliado.

Se comprende fácilmente que, en ciertos casos, socialismo puede ser equivalente a imperialismo. ¿Qué es en el fondo la democracia? Un imperio disfrazado, la ley racionando el más brutal absolutismo, la idea de la "soberanía popular" suplantando al concepto del derecho divino: imperialismo político y económico, esclavitud del pueblo sancionada por el mismo pueblo.

S. M. el Hambre

Los tiempos son malos. El hambre anda en todos los dinteles proletarios y el invierno es, para los hogares pobres, como negro bátraco en cuyo fondo silban las serpientes de la ventisca y se enchaca la lluvia sucia y helada. Escasea la ropa, no hay fuego y tampoco no hay abundancia de pan. Se reducen las necesidades, pero muchas veces se carece hasta de lo imprescindible. Es la negra miseria, en cuyo regazo se va embruteciendo el alma y el cuerpo. Luchar, sí luchar; pero para ello es necesario energías y sin alimentos no hay fuerzas, no hay más que desesperación y amargura que os va royendo todo lo más precioso, hasta tornarnos en un harapo viviente.

Esta es la condición de muchos, de infinidad de hogares proletarios, que, a pesar de sus sufrimientos, no tienen a quien dirigirse, ni a quien pedirle subvenciones, como puede suceder con una sociedad ganadera, agrícola o porcina.

Y se explica. ¿Qué han perdido los obreros con la actual crisis? ¿Un campo, un rebaño de vacas, una piara de cerdos?... No, apenas si algunos han perdido su jornal. Eran explotados y no se los necesitó más, dejándose en la calle, en libertad para morir de hambre, pues esta es la única libertad que el Estado otorga al trabajador.

Pero en cambio los ganaderos, a quienes les "ha ido tan mal", puesto que no les es posible realizar las ganancias fabulosas de otros años, tienen derecho a clamar, a elevar peticiones al gobierno a fin de que "esa industria tan importante como es la ganadería", no sufra y no llegue a una catástrofe total.

Las medidas que puedan adoptarse a ese respecto podrán ser justas y acertadas, según como se las mire, pero ¿los trabajadores, el capital vivo de una nación, lo que constituye la única y verdadera riqueza de un pueblo, puesto que son sus músculos y su inteligencia, no merecen también alguna atención por parte de quienes se han constituido en amos?

En los tiempos de la esclavitud, cuando a los señores les era posible adquirir un hombre como se adquiere una acémila o un jumento, el señor cuidaba de ese esclavo por el dinero que le había costado. Hoy, el material humano es mucho más barato y el proletario no tiene otro camino que el de la rebeldía contra los que logran despojarlo de todo.

Hace miles de años un hombre que los demás hombres crucificaron, ya había formulado su queja estéril cuando dijo: "Los zorros tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza."

Y esta queja fué estéril porque aún hoy, después de haber conquistado los aires y dominado todos los elementos, nuestra civilización no ha logrado resol-

El porvenir de los niños

El camarada Nido ha publicado en el anteuúmero número del "Suplemento" un artículo — "Cuestiones pedagógicas" — que merece recordarlo y recomendar su lectura a todos los padres que tengan niños en "edad escolar". Y los camaradas que lo hayan leído, vale la pena que lo releen y reflexionen sobre su contenido. ¡Caray si vale la pena!

El autor trata un punto de la cuestión pedagógica que hasta el presente nadie había tenido el atrevimiento de analizar públicamente, al menos con tanta valentía como la que es preciso para sostener entre un mundo de gentes que padecen de chilladura escolar, que la escuela fiscal es un lugar de corrupción como todos los lugares donde tienen que verse hacinados individuos de un mismo sexo; que la enseñanza de esas escuelas es pernicioso en alto grado, porque ellas fuerce, rompa y aventa la tendencia natural del niño.

Como del tremendo crimen contra la infancia que esa corrupción implica parece que hasta la fecha no se han enterado los maestros, ni siquiera la mayoría de los hombres que dicen ser conscientes — ¡pues no mandan muchos anarquistas sus hijos a la escuela fiscal? — el compañero Nido les recuerda a los primeros, su colaboración en ese gran crimen y a los segundos, su deber de salvar a la infancia apartándola de esos antros corruptores.

Por eso decimos que ese artículo debe leerse y releerse — y ya se sabe que aquí no adulamos a nadie — y sobre todo reflexionarse. Es preciso que los hombres de la época seamos un poco más responsables de la suerte de la generación que nos ha de reemplazar.

Jueces populares

El brazo armado de Bouvet le ha indicado a Millerand que no todo el pueblo francés lo considera un patriota ni está dispuesto a tolerar sus medidas represivas; demostrándole, además, que hay franceses dispuestos a pedirle cuentas de manera contundente.

Y esto lo obligará a reflexionar muy seriamente sobre su situación. Pues no

ver este problema, que es el problema humano por excelencia, el único que nos importa a todos por igual.

Pero los gobiernos no tienen tiempo de ocuparse sino de las instituciones que representan para ellos sus propios intereses, mientras se desprecupan de quienes les amasan el pan de cada día con la fatiga de sus cuerpos.

Hablad con cualquier pudiente de los sufrimientos del pueblo y os contestará: "Ellos están acostumbrados a sufrir."

¿Qué importa que sufran un poco más?

En efecto, la capacidad demostrada por el pueblo para aguantar todo género de vejaciones es infinita, su poder de resignación también es grande. De ahí que las fieras tengan cada una su guarida y su alimento, entre tanto que el pobre no posee más que su hambre y su miseria.

A. C.

creemos nosotros que los gobernantes no le den importancia a estos hechos que revelan la existencia de un profundo descontento entre el pueblo, porque los gobernantes no son hechos de una pasta distinta a la de los demás hombres; ellos también suelen tener miedo y saben acuciarse como el perro cuando truena; ellos también estiman su vida de parásitos. ¿O es que van al gobierno por espíritu de sacrificio?...

Cuando un gobierno extrema las medidas represivas y pierde el respeto a todos los derechos del pueblo, ni la interpelación parlamentaria ni la censura de la prensa atenúan sus desmanes; porque los responsables de la tiranía han perdido también la vergüenza y se han dado al que me importa. Y entonces, únicamente el terror puede hacerles torcer el rumbo. El terror no afecta a la honradez, que no la conocen los tiranuelos del gobierno, este va derecho al pellejo, al que todos tienen mucho apego por más patriotas que sean.

Y es por eso que, aunque no confiemos a las balas ni a las bombas la solución de los problemas sociales, no dejamos de comprender que la acción individual es siempre un sofrenón a la tiranía. Y la historia nos da la razón. Los atentados individuales — los que no fueron fraguados expreso por los gobernantes — siempre tuvieron la virtud de sofrenar los desmanes de la tiranía.

Y si los detentadores del poder y la fortuna tienen, para castigar los excesos de los hijos del pueblo, sus leyes, sus cárceles y sus patibulos ¿no es acaso justo y loable que el pueblo tenga sus jueces anónimos que lo defiendan contra los excesos de sus tiranos?

Quien se atreva a condenar las acciones de estos jueces populares es tan miserable y tan cobarde como los mismos tiranos.

Cuestiones "importantes"

El partido "comunista" argentino recibirá un fuerte impulso con el viaje de sus delegados a Rusia. No sólo aumentará su fuerza combativa con la adhesión de nuevos núcleos proselitistas que se plegarán decididamente influenciados por la vigorosa obra revolucionaria de esa delegación, sino que también adquirirá incalculables prestigios en el orden internacional debido a la inteligentísima actuación de ese ambo diplomático.

Y pensamos así viendo, por las publicaciones del órgano del partido, que esos delegados se ocupan, durante su estadía en Europa, de cuestiones tan importantes como el costo de la vida en las localidades por donde pasan, etc. En efecto, debido a la inteligente colaboración del ambo Penelón-Greco sabemos ahora, por si algún día tenemos que ir a efectuar las compras menudas al mercado de Génova, el precio de la merluza, los garbanzos y muchos otros menesteres.

Habrás notado en estos últimos días que el diario del partido se parecía mucho a una publicación de mercado; era la inteligente colaboración del ambo enviado a Rusia, que ocupa las columnas del diario con los más importantes asuntos europeos.

La merluza, los camarones, las papas y zanahorias del mercado de Génova tie-

nen un nuevo vehículo de reclame: diario "comunista" de la Argentina, gracias a la diligencia e inteligencia de diplomáticos enviados por el partido. Lástima que no tengamos ni plata para pagar, ni un buen servicio de aeroplano para ir a comprar la merluza genovesa todas las mañanas, arruinándonos por ese medio, el negocio a estos estafados del mercado argentino.

Pero aunque no sea una ventaja para las gentes de este lado del océano conocer el estado de los consumos en Génova, no le quita ninguna importancia a la información. ¿Acaso no nos importa saber que en el país de los fascistas pueden comer la merluza todos los que no viven del trabajo?

Y si los delegados "comunistas" no ocuparan de esas cuestiones menudas ¿acaso harían obra de diplomáticos ellos?...

Sacco y Vanzetti

La república de Estados Unidos si alguna vez tuvo dignidad como nación lo que dudamos — hace tiempo que la ha perdido completamente. Y de esa falta de dignidad que la caracteriza se deducir la catadura moral de los políticos e literatos que, desde el exterior se miran en ella como en un espejo; ¡Cáfila de sinvergüenzas!

La antorchita que ilumina la entrada del país debió haberse apagado ya, avergonzada de la oscuridad moral que cubre toda la nación.

Más o menos en todo el mundo, desde a que impera este régimen ignominioso, esa oscuridad moral es la misma, pero al menos en otras partes no se haga gala de un cinismo tan irritante como el que implica esa pretendida liberalidad norteamericana.

Y de ese cinismo una buena muestra es el proceso a los compañeros Sacco y Vanzetti. La trama de este miserable proceso ha sido descubierta y expuesta con toda claridad a los ojos atentos del proletariado internacional. Pero el verdugismo yanqui, que parece interesado en destacar su talla sobre los demás verdugos del mundo, sigue empeñado en sacrificar a esas dos víctimas. ¡Y el resto del país — del país de la libertad de las instituciones modelo — no tiene un arranque de dignidad capaz de romperle la mano al verdugo abyecto!

Sacco y Vanzetti continúan a disposición de la silla eléctrica como si no tuviese probada su inocencia y el perdón del Tío Sam continúa siendo la república de la libertad... para los sinvergüenzas y los cretinos.

Los dos compañeros

Dos jóvenes se paseaban por un bosque cuando, de pronto, descubrieron un oso que al parecer los aguarda cautelosamente. Uno de ellos, delgado y ágil, gran tregó al árbol más próximo y sin cuidar de su compañero trató de ocultarse entre las ramas.

El otro, grueso, pesado, no pudiendo imitarlo, se tendió en el suelo y respiraba la respiración para pasar por muerto. El oso se le acercó, lo olió, pero, que sabe por qué no le hizo daño alguno se alejó lentamente.

Cuando la fiera estuvo lejos bajó otro de su escondite y preguntó riendo su compañero:

— ¿Qué te decía el oso al oírlo?

— Me decía: ¡qué el que abandona un amigo en el peligro, es un cobarde!

León Tolstói

LOS INDIANOS

le reclame:
Argentina, g
ligencia de
el partido. L
plata para g
de aeroplan
riuzo genov
inándoles p
tos estafado
a ventaja pe
del océano
sumos en C
la importanc
no nos imp
le los fascis
todos los o
unistas" no
toms menud
iplomáticos
ii
s Unidos si
omo nación
tiempo que
Y de esa f
acteriza se p
oral de los p
de el exterior
en un espej
a la entrada
io ya, avergo
oral que cub
el mundo, del
gimen ignom
es la misma
ries no se ha
irritante con
endida libera
buena muestr
ñeros Sacco
este miserab
íta y expues
tos atentos d
Pero el ve
bre interes
obre los dem
e empeñado
mas. ¡Y el re
la libertad
o — no tien
capaz de rom
abyecto!
ían a dispo
como si no e
cia y el pa
do la repúbl
os sirvergüe
añeros
por un bo
cubrieron t
uta cautelo
do y ágil,
y sin cuida
cultarse di
no pudien
que y reb
por muert
o, pero, qu
ño alguno
esos americanistas, consiste en aumentar
as exportaciones de sardinas y de "lite
atura" a los mercados de América. Pero
el conocimiento directo del hispano-ame
ricanismo se obtiene en España por inter
medio de los indios. En cuanto más
españoles regresan a sus aldeas enrique
cidos, más fuertes se consideran los la

El hispano-americanismo de los políticos y de los burgueses españoles, reduce a este sólo hecho: a la existencia, en España, de un buen número de enriquecidos en tierras de América. Los indios dan la medida de los hechos, para la España oficial, cada una de las repúblicas de este continente, y la única representación del espíritu americano, para los españoles que miran hacia estas "factorías de indios esclavos inciviles", está contenida en esos vulgares protegidos de la Fortuna.

El indiano personaje superior, a los ojos de los españoles de España, está por encima de los criollos de América; y de los españoles que no supieron encontrar riquezas en estas tierras americanas. De acuerdo con ese concepto, el hispano-americanismo de los políticos y de los burgueses de España, es el mas grave insulto proferido a la cultura y a los sentimientos de los pueblos de este continente.

No busquéis en España un sentimiento elevado de fraternidad que establezca la comunión espiritual de aquel pueblo con los pueblos de América. El divorciamiento, no ya de los españoles con los criollos, sino de los peninsulares con los españoles de América, es absoluto. Y hasta los mismos intelectuales de España ignoran lo que representan estos pueblos para la cultura universal, porque sólo los conocen a través de los artículos o los libros de unos cuantos aventureros, que "hicieron la América" con la pluma, de la misma manera que otros ya "hacen" explotando cañaverales de azúcar o vegas de tabaco en Cuba, haciendo ganar a los indios en la Argentina, o esquilmando a los indios en los gomales argentinos.

La propaganda hispano-americanista arreció en España en los últimos meses. Políticos y literatos de corte, burgueses con algo que exportar y oradores que aspiran a la exportación de su oratoria... una verdadera nube de grajos chillones con plumas de pavo real, salieron a la palestra para defender los "fueros" de España. Y, por lógica consecuencia, tratándose de políticos y de burgueses conservadores y de literatos que buscan mercado para sus producciones, esa campaña hispano-americanista se parece más a un reclame de almacén de ultramarinos o de librería de viejo, que a un acto de acercamiento intelectual y moral entre la madre patria y sus "descarriadas" aldeas de América.

El estandarte del hispano-americanismo lo llevan, en España, el político Francos Rodríguez y el periodista indiano Grandmontagne. El primero representa, por decir así, a los políticos y a los literatos que buscan mercado para sus producciones... Y el segundo, aunque no sea del gremio, a los conserveros del Cantábrico, en busca también de mercado para sus latas de sardinas y de atún.

Todo el problema, naturalmente, para esos americanistas, consiste en aumentar las exportaciones de sardinas y de "literatura" a los mercados de América. Pero el conocimiento directo del hispano-americanismo se obtiene en España por intermedio de los indios. En cuanto más españoles regresan a sus aldeas enriquecidos, más fuertes se consideran los la

zos de unión entre españoles y americanos. Por eso el político Francos Rodríguez comentando eso del hispano-americanismo peninsular, se detiene a analizar el punto indiano de la cuestión, o sea el tráfico de emigrantes e inmigrantes entre España y América.

"Sólo de la Argentina — dice — en el año 1920, vinieron 24.500 emigrantes españoles que sienten predilección por América. En 1920 marcharon 175.541 españoles residentes en América, modelos de patriotas, que siguen con interés la vida de España y la ayudan siempre contribuyendo a todas las subscripciones. En el año 1921, los pueblos hispano-americanos enviaron a España la cantidad de pesetas 1.339.597.000, de los cuales correspondieron solo a la Argentina 490.968.910 pesetas.

"En muchas regiones de España se levantan centros de enseñanza, sanatorios y refugios, costeados por los españoles que viven en América. Es, por tanto, necesario, que España estimule el patriotismo de aquellos buenos españoles, siguiendo su ejemplo, y prestándoles su concurso."

Las factorías americanas, pues, proveen a España con dinero y con "cultura." Y en ese hecho que consagra económicamente la existencia de la metrópoli — aún cuando no exista políticamente — está la más elocuente demostración de hispano-americanismo concebido por la mente del señor Francos Rodríguez y de todos los políticos y burgueses americanistas de España.

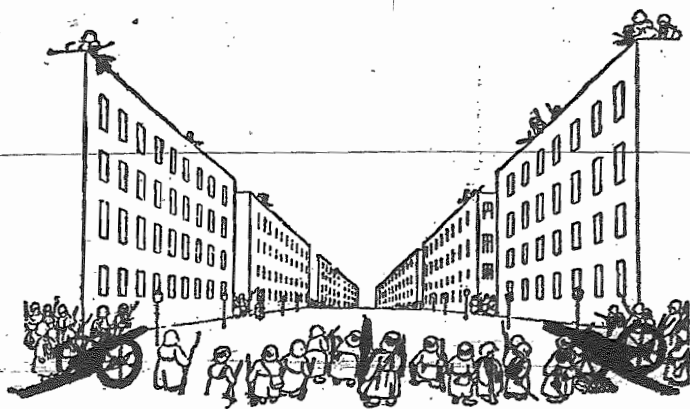
El periodista Francisco Grandmontagne descubrió, en las montañas cántabras, un hispano-americanismo quizás más real que el de los políticos e intelectuales cortesianos. Los indios son la realidad viviente, en España, de todas las groserías y de todas las ambiciones de la América burguesa. Y en el indiano fija Grandmontagne los "ideales" que deben unir a los capitalistas de la metrópoli con los negreros de las factorías americanas.

Describiendo un viaje que hizo recientemente por la provincia de Navarra, Grandmontagne — decía un telegrama de Madrid — "pinta el movimiento de la estación de Alsasúa, que se halla atestado de gente, oyéndose hablar en siete dialectos vascuences, además de francés, español y la modalidad inconfundible del criollo.

"La mayoría de estas gentes son indios vascos que descansan ahora en sus montañas natales, y hablan el español ultramarino de dulces y expresivas inflexiones. Es la caravana de millonarios que recorre en romería por estos pueblos.

"Los indios están alegres — dice — y son felices, poseyendo la plenitud de esa dicha que proporciona el haber ganado la batalla de la vida luchando con una competencia cosmopolita. En España se les considera como a seres exóticos, pero son la flor de la raza, como lo fueron los conquistadores del siglo XVI.

"Sus ojos acostumbrados a los inmensos horizontes de la llanura, no se apartan ahora de estas cumbres enhiestas, como si en el fondo de sus retinas revivieran las visiones dormidas de una infancia lejana. Los aldeanos sedentarios



EL ORDEN CAPITALISTA

miran con supersticioso respeto a estos indios, que salieron con su tricota al hombro."

Y para completar el cuadro que forman esos aventureros enriquecidos en América y reintegrados al terruño después de varios años de correrías por pampas o maniguas, Grandmontagne presenta a esa "flor de la raza" en la forma ridícula en que hoy se describe en Europa, a los "nuevos ricos": especuladores y traficantes en comercios e industrias de guerra.

"Los indios llevan — dice — abiertas sus sombrillas con puño de oro, y los montañeses los suponen seres de una epidermis delicada, por haber vivido siempre en ambientes de salón y estufa; pero yo conozco a estos fuertes indios, y se que sus rojos cuellos de hombres de presa los curtieron el sol de las pampas y los ventarrones del Chubut y de la Patagonia. Allí nunca usaron este fútil utensilio, que es ahora un modesto lujo, único signo de superioridad entre sus convecinos que nunca salieron de la aldea."

Los elementos éticos para desarrollar en España el espíritu americanista, están allí elocuentemente representados por esos indios. Pero una cosa es el hispano-americanismo de la España oficial y otra el hispano-americanismo de los pueblos de América. Y podemos decir que, en resumidas cuentas, son tan americanistas los políticos y los burgueses españoles — incluyendo a los indios — como hispanistas los criollos de América, y hasta los mismos españoles que jamás llegarán a la categoría de indios... Naturalmente que, como estos españoles que no se "acuerdan" de volver a España, o de mandar dinero a sus pueblos para hacer escuelas, no son la "flor de la raza" desparramada por América, es fácil comprender que con su indiferencia no lograrán hacer mella al hispano-americanismo de los políticos y de los burgueses de la península.

De como nos ven en España, está ahí la muestra. Francos Rodríguez y Francisco Grandmontagne, exponen el panorama de América, según la visión de los americanistas de España. ¿Cómo ven los americanos a la España oficial? A través, naturalmente de las hazañas de sus toreros y de sus gobernantes: como una inmensa plaza de lidia, o como un enorme matadero...

Y a los españoles de América, que luego son indios en España, no los tiene el criollo en mejor concepto. De lo que se deduce que el hispanismo es una tontería oficial en las repúblicas americanas,

que tiene el mismo valor que el americanismo de los capitalistas, gobernantes y literatos cortesianos de España.

En América hay expresiones típicas para demostrar el odio a los españoles: gallego, godo o gachupin, y la palabra despreciativa está siempre en boca del criollo. ¿Es justificado ese desprecio? ¡Ah, para esos españoles que Grandmontagne llama la "flor de la raza", sí! Esos indios, triunfadores en el ejército anónimo de los miles de argonautas náufragos..., fueron negreros en los feudos de América: verdugos del pobre criollo y del desventurado inmigrante que jamás llegará a la categoría de indiano.

¿Hispano-americanismo? Antes hay que reconciliar a la España oficial con el pueblo español, para que los españoles de la península tengan derecho a hablar de fraternidad, y para que los españoles de América puedan llegar a esa fraternidad efectiva con los criollos. Porque el único hispanismo, en América, y el único americanismo, en España, es el que fomentan los trabajadores en su lucha contra todos los burgueses y gobernantes.

Los indios que disfrutan en España las riquezas robadas a la tierra americana, son los que motivan estas palabras despreciativas en boca del criollo: gallego, godo, gachupin! Y en ese insulto está contenido el verdadero e indudable "hispanismo" de los pueblos de América. Lo demás es corteza oficial o simple propaganda de conserveros y literatos que tienen algo que exportar a los feudos americanos.

Emilio López ARANGO

Sobre el concepto de libertad igual para todos

No es la primera vez que los conceptos emitidos por nuestro compañero Mala testa, han sido tergiversados, otorgándoseles interpretaciones capciosas o poco claras.

Cuando eso ocurre por parte de nuestros enemigos, el hecho se explica y hasta tiene sus justificaciones... ¿Cómo nos combatirían sino con las armas desleales de la calumnia y de la insidia? A falta de argumentos cualquier recurso es bueno.

Pero que esta tergiversación parta de nuestras propias filas, es algo inconcebible y que no se debe tolerar en bien de la idea.

La filosofía anárquica para su clara y completa interpretación requiere intelli-

gencia y temperamento. A veces la buena voluntad y las inmejorables intenciones no bastan.

Es necesaria una aplicación constante a fin de que el anarquista pueda depurarse y paulatinamente desprenderse de los prejuicios que involuntariamente absorbió con la educación de sus primeros años.

De ahí que haya conceptos que enunciados por un Reclus, por un Kropotkin o un Malatesta no sean accesibles para la mayoría de los que, sin saberlo bien, se llaman a sí mismos anarquistas.

Uno de estos conceptos que más han sido debatidos, dando lugar a enojosas y largas discusiones, es el de la libertad igual para todos. ¿Cómo establecer donde empieza y donde concluye mi libertad de acción? Esta es la pregunta que casi todos se hacen y que no se puede resolver con ninguna fórmula precisa y matemática, sino con un poco de buen sentido.

Ahora bien, parece que alguien, haciendo hincapié en las repetidas declaraciones formuladas por Malatesta, sobre la necesidad de defender la propia libertad, y, al mismo tiempo respetar la libertad ajena, habría dicho, cuando en Italia se propuso exigir el desarme real y efectivo del "fascismo": — "He ahí algo que disgustaría a Malatesta, pues él es partidario de la libertad para todos."

El compañero Malatesta, informado de esta "boutade" no exenta de ironía, ha contestado en una forma tan diáfana y precisa que importa toda una declaración de doctrina.

"En efecto — ha replicado Malatesta— yo soy partidario de la libertad para todos, pero también igual para todos. Yo

quisiera que todos, sin excepción, revolucionarios o reaccionarios, curas o libros pensadores, tuviesen plena facultad para manifestar sus propios pensamientos, hacer su propaganda, organizándose como mejor les plazca y desplegar asimismo sus fuerzas ya en la calle, ya en las plazas públicas o en privado.

Y en cuanto a las armas me sentiría muy feliz si nadie llevase o emplease instrumentos homicidas, empezando por los agentes del gobierno; pero si alguien llevá armas, entonces el derecho de llevarlas debe ser extendido a todos, sin ninguna excepción.

Por otra parte esperar que el gobierno, cualquiera sea este, quiera poner en vigor la misma medida para todos los ciudadanos, es una ingenuidad infantil, por no decir una tontería. El gobierno, no solamente querrá siempre disponer de una fuerza propia armada — condición indispensable para ser gobierno — sino que también tolerará, o mejor dicho, favorecerá a sus amigos para que se armen y si es posible le ayuden a desarmar a los proletarios o a los revolucionarios, sus presuntos enemigos.

El gobierno se decidirá a desarmar las bandas reaccionarias e impondrá moderación a sus agentes directos, con una sola condición: y es la de estar bien seguro que los trabajadores se hallasen resueltos a repeler, con las armas en la mano, las agresiones armadas de que puedan ser objeto.

Cuando los poderosos se dan cuenta de que el argumento de la violencia y de la fuerza se estrellará inevitablemente contra una resistencia serena y firme, se avienen a razonar o a parlamentar."

alemán: —¿Ihr papier? Le muestro todos mis papeles; parece un poco asombrado.

—Wie heißen Sie? — dice aún. —Vandamme, respondo.

En efecto mis credenciales están a ese nombre. Vuélvase hacia el guía y le habla en ruso... No comprendo más que esta palabra: "Mauricius".

Esto comienza a inquietarme pero no sospecho aún la horrible verdad.

El funcionario que me interroga se acerca a su teléfono: habla algunos minutos, después toca un botón. Un oficial parece que me hace signos de seguirle. ¿Qué quiere decir eso?

Bajamos dos pisos, después entramos en una habitación. El oficial se va. Estoy en una oficina en que trabajan tres empleados. Ella una media hora sin decir palabra; después, repentinamente algo se desató en mí, como una angustia y un miedo. Vuélvome hacia las gentes que trabajan sin fijar en mí su atención.

—¿Parlez-vous le français? — interrogué.

—Wepo nimeiu. —¿Sprechen Sie deutsch?

—Ja, dice uno de ellos. —¿Dónde estoy? — pregunto entonces en alemán.

—En la Tcheresvitscheika. —¿Qué es eso?

—La policía. —Pero, ¿entonces, estoy preso... —Sí.

La palabra terrible y breve, me aplasta, mi corazón late violento, mis ojos se nublan... Preso, preso por los bolcheviques, de los que yo no conozco sino los relatos de ferocidad traídos por viajeros de quienes sospechaba la buena fe, pero de los que pienso hoy: "Si hubiesen dicho la verdad..." Estoy preso en Rusia, en Moscú, a tres mil kilómetros de mi familia, sin nadie que me conozca y que pueda salvarme... Nadie... Sí, tengo a Kibaltchiche... Kibaltchiche...

Un dolor mayor aún abrasa mi pensamiento... No había más que uno que me conociese y sólo él me ha visto y ha blado... es él quien me presentó a Kamerer, es él quien el que me ha hecho arrestar... El razonamiento es lógico imperioso; con los elementos que poseo no puedo pensar otra cosa...

Y entonces estoy perdido... Pero, no, esto es imposible... Kibaltchiche es un amigo, parecía contento de verme... no ha podido cometer tal infamia... y además ¿por qué?, hemos tenido algunos pequeños disentimientos... una historia de mujer... Niñerías... Hace tanto tiempo. Pido papel y tinta y escribo a Kibaltchiche una carta conmovedora; le comunico mis sospechas, pero es para rechazarlas, y apelo a él como a mi salvador... El empleado me asegura que será llevada inmediatamente; entonces, más calmado, espero.

Hacia las cuatro de la tarde, viene un soldado a buscarme. Bajamos al primer piso, atravesamos salas llenas de soldados y de escribientes y nos detenemos, por fin, en una especie de vasta oficina en que se encuentra un viejo de barba blanca que me dirige la palabra en francés. Alegría de corta duración. Este viejo me dice suavemente y con voz como impregnada de una triste bondad que no es más que un simple intérprete encargado de las primeras averiguaciones.

Me invita a vaciar el contenido de mis bolsillos, de lo que hace un inventario cuidadoso, lee atentamente mis credenciales, y como le interrogo, ansioso, me dice que hay sin duda una mala interpretación y que se me va a soltar en seguida, que en todos los casos hay orden de tratarme con una benevolencia particular, que se me va a conducir a una habitación confortable y que el juez me interrogará seguramente hoy. Dice todo esto con una gran cortesía y no tiene ninguna de las maneras brutales y arrogantes peculiares de los policías; no me toca ni aún para ver si oculto algo, y me deja los cigarrillos, el reloj, un lápiz y un folletito de Lenin que había traído de París. Me hace firmar el proceso verbal, me saluda y me desea buena suerte.

La estabilidad de este viejo me ha confortado un poco y es con más tranquilidad que precedió al soldado de curioso gorro de fieltro que me conduce a mi celda.

La Tcheka de Moscú tiene sus locales en un cuadrilátero de casas burguesas cuyas fachadas suntuosas dan a una plaza y a dos calles paralelas. Para responder al nuevo destino de estos edificios se ha, interiormente, atravesado los muros, levantado escaleras, de suerte que uno se encuentra en un verdadero laberinto.

Al fin de un cuarto de hora de esa marcha zigzagueante, entramos en un departamento cuyas numerosas habitaciones son celdas, se me encierra en una de ellas y se echan los cerrojos. Me distraí el amueblamiento sumario compuesto de una mesa, de una silla de madera y de una cama, sobre la que hay un colchón, mugriento, de paja; pero esto tiene poca importancia; dentro de un momento el juez me va a interrogar y quedaré libre.

Camino a largos pasos, como los osos en las jaulas del Jardín de Plantas. Única cosa me inquieta y me pone furioso: el Congreso debe abrirse hoy mismo a las seis y bien pronto será tarde para asistir a la apertura. El resto, mi detención, los peligros, ¡bah!... un error, un malentendido... yo no hice nada, después de todo, y mis papeles están en regla.

Una simple conversación con el juez y esto habrá acabado; sólo que ese juez tarda mucho en interrogarme.

Sábado 24 de julio. No he sido perturbado más que tres o cuatro veces por el soldado de guardia que alumbraba la electricidad y me examinaba por la manilla de la puerta. Hacia las seis de mañana, la mujer de servicio — porque son mujeres las que hacen el servicio de la Tcheka — me ha traído un vaso de tisana hirviendo y una bola de pan negro; después una escoba para limpiar mi celda... Y ahora espero, espero... las horas pasan monótonas, angustiosas terribles...

Domingo 25, a la una de la mañana.

—La puerta se abre en un chirrido de cerrojos, un soldado entra con el fusil en la mano... ¿Es una fantasmagoría nocturna y siniestra?... Mis ojos extraviados se abren en la noche... se hace la luz y el hombre me toca la espalda tras este soldado hay otros que ocultan la puerta abierta. — ¿Qué? ¿Esta pesadilla espantosa no era sino el preludio de la verdad más espantosa aún?... Pero que no dudo un sólo instante de que esos soldados sean los del botón de ejecución y de que vienen a buscarme para fusilarme... ¡Ah! no, yo no quiero morir así, yo quiero hablar antes. ¿Habla a quién? Quiero escribir al menos, manifestar mis últimos pensamientos, enviar a los seres queridos que he dejado allí tan lejos, un pensamiento de amor y ternura, pero ¿cómo puedo explicarme a estos hombres?... Me retuerzo las manos impotente y desesperado... el soldado advierte mis gestos que no comprendo, y me dice en su lengua palabra que yo no comprendo tampoco... Vamos, a qué luchar contra lo que debemos... seamos fatalistas, por una vez... la última... Lo que está escrito está escrito... Me calzo rápidamente, enciendo un cigarro y salgo el primero, con calma espantosamente... Un sólo soldado me acompaña, los otros quedaron en el corredor. Volvemos a comenzar, en sentido inverso, el mismo paseo que la víspera subimos escaleras, atravesamos corredores, de tanto en tanto me detengo incómodo; con su fusil, mi guía indica la ruta: a derecha, a izquierda, arriba, abajo; en los lugares más sombríos, en las piezas vacías y desoladas, creo que hemos llegado, pero seguimos siempre.

En fin, ante una puerta, un soldado monta la guardia; mi guía dice algunas palabras, el guardia entra, vuelve a salir y me hace señal de entrar. Ante un gran escritorio cargado de papeles, un hombre está sentado; rostro pálido, bello negro, pequeño bigote cortado a la americana, un aspecto no benevolente frío. Este hombre me dice en francés y con voz increíblemente suave: "Sientese, camarada".

Quedo un segundo estupefacto, con el corazón inundado por una alegría sobria humana. Hablar, yo voy a poder hablar y bruscamente, el torrente de mis palabras se lanza impetuoso, tumultuoso, como un diluvio. El hombre parece un poco sumergido bajo ese aluvión de frases que me mira, asombrado. Evidentemente,

En el país de los Soviets

LAS PRISIONES DE LA TCHEKA

Viernes 23 de julio de 1920. — Hemos entrado en la estación de Moscú hacia las seis de la mañana. Nos esperaban los automóviles. Hemos aquí, al fin, en este país misterioso y terrible, en Moscú la santa, en Moscú la roja, en la capital de la revolución. Una curiosidad intensa abre mis ojos, perdidamente... Los autos se detuvieron ante el "Dielovoi Door" uno de los más hermosos hoteles de la ciudad. Un inmenso letrero cubre toda la fachada, sobre el cual se ha escrito en italiano: *Bienvenida a los huéspedes de la república de los soviets*; un gran conjunto de banderas rojas decora la entrada; en todas partes cuelgan carteles, y en todas las lenguas, la inmortal palabra de Marx atrae la mirada: "Proletarios de todos los países, uníos".

Bajo el vestíbulo hay plantas verdes; después en todos los pisos, la tapicería proclama los aforismos-comunistas: "La internacional comunista dominará el mundo". "La república de los Soviets saluda a la Italia roja". "Congresos del mundo entero, la Rusia libre os saluda", etc... Es un poco rimbombante, un poco decoración de mitin agrícola, pero parte de un buen sentimiento. Se nos condujo a nuestras habitaciones, claras, espaciosas, casi todas provistas de teléfono; después bajamos a desayunarnos. Veo a Cachin que habla con Doemig, digo algunas palabras a Crispin, después viene casi en seguida el drama rápido, desconcertante, trágico. Acababa de comer cuando el consul de cabeza de pescando me presenta a Kibaltchiche. Hacía siete años que no lo veía. Con estupefacción gritó: "Mauricius!"

—Sí, Mauricius. Y le expliqué que era enviado por el partido comunista francés y que iba a asistir al Congreso.

—Tanto mejor, me dijo, la izquierda anarquista será singularmente reforzada.

Después dijo bruscamente: —Es preciso que te presente a un camarada que ha estado en Francia.

Le sigo. Me lleva a una habitación del piso bajo.

Es la habitación en que vivió Taratuta Kamerer, secretario de Radek, y ejerce en este momento, ante los delegados, el oficio de policía.

—He aquí, dice Kibaltchiche, al delegado del Partido Comunista francés.

—Lacoste, dice Kamerer.

—No, Mauricius.

—No importa, responde el otro.

Y corre a un teléfono.

—Vámonos, dice Kibaltchiche, está ocupado.

Vamos a pasear un poco a lo largo del Moscova, lo suficiente para maravillarse ante la arquitectura fantástica y desafiando al buen sentido, de la iglesia de Basilio el Bienaventurado, en la plaza roja, frente a las murallas del Kremlin, gigantescas y rojas.

A mi regreso me llaman a la habitación de Kamerer.

—Zinovieff os espera, para la verificación de las credenciales, me dice este hombre; un camarada va a llevarlos en automóvil.

En efecto, unos minutos más tarde, un poderoso auto descubierto me lleva a viva marcha por las calles de la capital. Voy sin desconfianza y sin inquietud. El auto se detiene ante una casa de hermosa apariencia. Bajamos. Mi guía muestra un papel al soldado de guardia y pasamos.

En cada piso de esta casa hay un soldado en armas, pero el papel de mi guía es un talismán. Pienso que Zinovieff está bien guardado, pero ninguna sospecha está en mí.

En el último piso entramos en una oficina. Un hombre, con un pequeño bigote negro me recibe; me pregunta en

esperaba esta... efectos; mi... se hace cuare... ende como por... El hombre me... la palabra: "l...". Me dete... agudos. Enton... ciadora y fatig... útil, camarada... espía del go... cargado de deo... No se lo que... estas espantosa... traños en que... ando llegado a... os psicológic... tentación: lo... arme me seren... mergirme en... tranquilidad de... a mí pesar c... mis labios, i... —Si es para... his hecho venir... la una de la... Por segunda v... ombro. Si hub... nestas y estudi... pel, no habría... bré él un efec... eridad tiene m... rotan espontán... resistible. Me... —Si ahora qu... nunciar a vues... ncederos una... Y como yo le... sponder, agreg... —Porque en c... nemos las pru... Pero no lo d... e puse de pie... on la voz terr... dos contra el... —Fusiladme... ente, tenéis la... do que está tr... rohibo mentir;... cosas que no... Y como perman... do por uno de... dad que no e... n su táctica, ... —Las pruebas... a conoceréis... Yo protesto, v... —No tenéis r... no quiero oír... Entonces el ju... —He aquí vu... mosle.

—Mi expediente... do... E, enseño las... unista, las c... lle, de S. Fau... c. Dice aún, p... empre, dudar... —Todos los es... n papeles sem... Después agreg... —Pero si sois... no se os ha... Con emoción, ... digo: —Estrechadme... y un verdader... me estrecha la... en y al acomp... esta promesa... Esta noche m... rrucción y ma... lverá a ver d... Ahora sigo... en el corazón r... tuidumbre de... mi mugrient... Lunes, 26 de... na ha invadido... n... he sido... en una fosa... gente al oficia... e no compren... gueses teniar... quis eran v... después arranq... folleto de I... —Le he escri... rramientos, le... que, persegu... no encontr... dico para su

LOS GRANDES POETAS - EMILIO VERHAEREN -

En estas páginas del "Suplemento" se ha publicado algo de este egregio poeta belga, cuyas preocupaciones sociales y cuyo anhelo de emancipación universal, ha ennoblecido siempre su producción multiforme y tumultuosa, que muchos — y no los menos autorizados — colocan entre las más excelsas de este siglo.

"¿Quién llega al entreciejo olímpico de un Verhaeren?" se preguntaba hace años Rafael Barret, pasando revista a los poetas franceses.

Emilio Verhaeren, como Camille Lemonnier el novelista y Meunier el escultor que hizo palidecer un tanto la gloria burguesa de Rodin, eran belgas. Y todos, con la misma orientación, encaminada a glorificar el nombre de la gleba, por cu-

llegue a ser no olvidaré jamás la hora divina en que vosotros aparecísteis a mi corazón desolado como los mesías salvadores... y os amaré siempre...

6 de la tarde. — No me asombré nada al esperar varias horas el momento de la liberación: comenzo, por penas que me parecían, a habituarme a las costumbres rusas; esta indolencia, esta tentitud para hacer todas las cosas, este desprecio del tiempo, son increíbles. Ita sido preciso aún llenar tal cantidad de formalidades que causa escalofríos el pensarlo; he debido hacer largas esperas en las oficinas innumerables, subir y bajar escaleras, firmar, esperar telefonadas, ver los expedientes ir y venir adornados de nuevos sellos y de párrafos multicolores y contemplar los burócratas atareados como las moscas de estercolero que hojeaban en los cartapacios impresionantes para extraer sin duda el vacío de que su función está llena... Un soldado acabó por conducirme, provisto del salvoconducto, a través de los corredores, tortuosos y de las salas de guardia, hasta la puerta; dijo algunas palabras al centinela y después se fué, dejándome solo en la calle inundada de sol...

MAURICIUS.

yo esfuerzo hay tantas maravillas y tantas riquezas en el mundo. El arte llamado social, nunca tuvo mejores ni más rectos adalides que Meunier en la escultura y la pintura, que Lemonnier en la novela y la poesía.

Pertenecía Verhaeren a la gran generación poética que en Francia contó como astros de mayor magnitud a Mallarmé, Villiers, Laforgue, Verlaine y algunos otros, aunque Verhaeren no procede de ninguno de ellos, porque fué algo absolutamente personal y aparte.

Adrián Van Bever, crítico holandés de cimentado renombre, al juzgar la obra del poeta belga, no reconocía en él la característica latina que hace de los más excelsos líricos trovadores de salón, cuando no ruseñores de muy armonioso canto, pero de ligero acento, y decía:

"Para mí, Verhaeren, con todas sus ocultas fuerzas de poeta, es un hombre del Norte, un hombre de hondo carácter moral y un orientador como Carlyle o William Blake. Su trágica visión de la naturaleza, su riqueza de alma, sus inquietudes espirituales y su recio individualismo, me lo revelan absolutamente como un septentrional. Es un atormentado, cuyo arte sugiere impresiones volcánicas y ciclónicas. Su grandiosidad, nunca llega a la grandilocuencia, porque su acento está sostenido por la sinceridad de un sufrimiento. Es un gigante cuyas visiones son ciclónicas. Su arte, como el de Rembrandt, es una mezcla de luz y sombra, de ensueño y realidad, y representa la fusión del misterio y de la vida en una misma llamarada. Nadie como él posee hoy esa profundidad tan laicamente religiosa que sólo alcanzan los grandes bardos".

Y eso fué Verhaeren, un bardo de los tiempos futuros que predicó la buena nueva y el advenimiento de tiempos mejores para todos los que sufren hambre y sed de justicia. Explica esto, que después de su muerte trágica, pocas veces la prensa reaccionaria se haya ocupado de sus obras y que trate de sepultarlo en el olvido. Sin embargo, sus poesías, por el recio vigor lírico que supo infundirles, vivirán eternamente y serán cantadas por el pueblo para el cual él escribió sus versos más alucinados y ardientes.

Hay quien ha dicho que su poesía carece de intimidad y que todo en ella es objetivismo. Pero ¿dónde empieza lo objetivo para dar lugar a lo subjetivo? Por otra parte, no nos flemos mucho de estos reproches. Quienes, como un Remy de Gourmont, han formulado tales críticas, han buscado en Verhaeren lo que jamás él habría podido darles: un poeta elegíaco. Y ciertamente, sus libros no son los que han de llevarse bajo el brazo "parmi les premiers liles fleuris, según textuales palabras del citado Gourmont. Los poemas de Verhaeren excluyen todo prurito de cursilería y no están hechos para damiselas y gomosos. Son versos ásperos que requieren mentes viriles para saborearlos.

En las "Ciudades tentaculares" encontramos, por ejemplo, esta soberbia fórmula de esperanza y confianza en el porvenir:

(1) "Et qu'importent les maux et les heures dementes,
Et les cuves de vice on la cité fermente,
Si quelque jour, du fond des brouillards
Et des voiles,
Surgit un nouveau Christ, en lumière sculpté
Qui soulève vers lui l'humanité
Et la baptise au feu de nouvelles étoiles".

Se comprende muy bien, después de haber leído estos versos, que no falte quien ponga reparos a esta obra, cuya "belleza de forma no infentan discutir" y que según uno de sus comentaristas "hace si quiera olvidar lo que esta concepción social tiene de pueril y, al mismo tiempo, de peligrosa".

Para nosotros, en cambio, nada ennoblecce más al artista como ese generoso afán de exaltar a los humildes y Ver-

tante para exaltar su persona y su propaganda, que ese periódico era *Ce qu'il faut dire*, y que ese militante era yo; y hallé vengadoras ironías para decirle que tenía extrañas maneras de agradecerme.

Conociendo el orgullo de Trotsky, no confiaba en que tal carta fuera propicia para mejorar mi suerte, pero decir lo que se piensa es una voluptuosidad rara y tengo en mí demasiados rencores para ser sutil y diplomático...

Sábado 31 de julio... — Eran casi las dos de la tarde, estaba acostado sobre mi colchón de paja, sofofientó, con el pensamiento lejano y brumoso; un guardia vino a buscarme... ¿para qué?... me vestí lentamente y sin entusiasmo... ¿para qué?... y además me vino el pensamiento de que no volvería más a esta celda, de que iba a morir... he escrito dos líneas sobre el folleto de Lenin, he dicho adiós a los que amo... y he seguido al soldado, resignado... por los corredores tortuosos y las escaleras múltiples hemos ido hasta el juez... Toda mi vida recordaré esto: entré lentamente, pestañeando los ojos, cegados por la luz demasiado viva, y repentinamente un hombre se levanta de una silla, se precipita a mí con las manos extendidas, y asustado, loco, desorbitado, con el corazón desbordante de una alegría demasiado aguda, reconocí a Vergeat... lo abracé como a mi hermano y en seguida vi también a mi lado a Lepetit, conmovido también él bajo su ruda corteza... el juez Mogenlesky sonreía y parecía faltarle algo de semejanza desenlace. Me dijo: Camarada, sus tres amigos han respondido *Ce Vd.*, está libre, le pido perdón por toda la pena que le hemos causado, pero no es cuestión de no querer; estamos en tiempo de revolución y obligados a medidas a menudo penosas. En nombre del gobierno de los Soviets le ruego que guarde rencor...

Yo balbuceaba no sé qué... él me dijo aún:

—Va a volver a su habitación el tiempo necesario para hacer las formalidades y en media hora podrá reunirse a sus amigos.

No respondí nada, demasiado conmovido para hablar, estreché con efusión las manos que se me tendían y entré en mi celda por última vez... Madre, hermano mío, mi gina querida, os volveré a ver; no se me fusilará... el milagro se ha producido; aquellos que vinieron traían en sus manos la libertad y la vida... Vergeat, Lepetit; por viejo que

Yo protesté, violento: —No tenéis nada, no podéis tenerlo, no quiero oír una palabra semejante. Entonces el juez me dijo dulcemente: —He aquí vuestro expediente, examínosle. Mi expediente... discute... estoy salido de amor y de... Le enseño las credenciales del Partido comunista, las cartas de Leveque, de Sigrand, de S. Faure, de Totti, de Sigrand... Dice aún, porque ese es su oficio de siempre, dudar y negar la evidencia: —Todos los espías que detenemos tienen papeles semejantes. Después agrega, como para disculpar: —Pero si sois un verdadero camarada, no se os hará lo más mínimo. Con emoción, que hace temblar mi voz, digo: —Estrechadme la mano, os lo ruego, y un verdadero camarada. Me estrecha la mano, conmovido también y al acompañarme a la puerta me indica la ruta de esta promesa: —Esta noche misma terminaré mi inmatriculación y mañana por la mañana os volveré a ver de nuevo. Ahora sigo alegremente al soldado, con el corazón repleto de gozo y con la certidumbre de mi libertad me duermo en mi mugriento colchón de paja...

Lunes, 26 de julio. — La desesperación ha invadido mi cerebro con la reberberación... he sido un león furioso encerrado en una fosa... he hablado vehementemente al oficial de servicio, a pesar de que no comprendía, le he dicho que los rusos tenían razón, que los bolcheviques eran verdugos y torturadores, después arranqué una página en blanco del folleto de Lenin y escribí a Trotsky: —Le he escrito sin fórmulas y sin ramilletes, le recordé los días de 1917 que me perseguía por la policía parisiense, no encontraba más que un solo medio para su defensa y un solo me-



CONJUNCIÓN DE ALMAS...

esperaba esta avalancha, pero yo no estoy en un minuto en que se buscan efectos; mi pensamiento, comprimido desde hace cuarenta y ocho horas, se extiende como por un dique roto. El hombre me apacigua con el gesto y con la palabra: "Calmaos, camarada, calmaos". Me detengo, en efecto, algunos segundos. Entonces dice con su voz aciadora y fatigada: "Lo que decís es útil, camarada, porque sabéis que se espía del gobierno francés y estoy encargado de decirlos que vais a ser fusilados"... No se lo que ha pasado en mí al oír estas espantosas palabras, hay minutos extraños en que la tensión nerviosa, habiendo llegado a su maximum crea efectos psicológicos anormales y de desorientación; lo que hubiera debido atermarme me serenó, lo que hubiera debido ahogarme en el espanto me dió una tranquilidad de espíritu increíble. Es casi a mi pesar que esta respuesta salió de mis labios, irónica y desdenosa: —Si es para decirme eso que me habéis hecho venir, era inútil despertarme a la una de la mañana. Por segunda vez, el juez no ocultó su sombrero. Si hubiese preparado mis respuestas y estudiado cuidadosamente un papel, no habría ciertamente producido sobre él un efecto tan evidente; la sinceridad tiene medios de persuasión que rotan espontáneamente con una fuerza resistible. Me dijo, un poco molesto: —Si ahora queréis darnos detalles o anunciar a vuestros cómplices, se podrá conceder una atenuación en la pena. Y como yo levanté los hombros sin responder, agregó casi tímidamente: —Porque en cuanto a usted, nosotros tenemos las pruebas... Pero no lo dejé acabar; de un salto me puse de pie, con el rostro contraído, con la voz terrible, con los brazos cruzados contra el muro. —¡Fusiladme, fusiladme inmediatamente, tenéis la fuerza, llamad al soldado que está tras de la puerta, pero os prohíbo mentir; no podéis tener pruebas de cosas que no existen. Y como permaneciese allí, en pie, movido por uno de esos ímpetus de sinceridad que no engañan, el juez ensayó en su táctica, sin convicción: —Las pruebas que podamos tener no las conoceréis. Yo protesté, violento: —No tenéis nada, no podéis tenerlo, no quiero oír una palabra semejante. Entonces el juez me dijo dulcemente: —He aquí vuestro expediente, examínosle. Mi expediente... discute... estoy salido de amor y de... Le enseño las credenciales del Partido comunista, las cartas de Leveque, de Sigrand, de S. Faure, de Totti, de Sigrand... Dice aún, porque ese es su oficio de siempre, dudar y negar la evidencia: —Todos los espías que detenemos tienen papeles semejantes. Después agrega, como para disculpar: —Pero si sois un verdadero camarada, no se os hará lo más mínimo. Con emoción, que hace temblar mi voz, digo: —Estrechadme la mano, os lo ruego, y un verdadero camarada. Me estrecha la mano, conmovido también y al acompañarme a la puerta me indica la ruta de esta promesa: —Esta noche misma terminaré mi inmatriculación y mañana por la mañana os volveré a ver de nuevo. Ahora sigo alegremente al soldado, con el corazón repleto de gozo y con la certidumbre de mi libertad me duermo en mi mugriento colchón de paja...

haeren fué de los hombres en quien este amor a los que sufren, puso acentos iluminados que lo hacen grande entre los grandes.

Por eso mismo, movidos por una sincera admiración hacia su obra, hemos trazado esta ligera noticia a fin de que se divulgue entre el pueblo y sea leída por los camaradas, quienes podrán así juzgar cuánta distancia media entre este poeta y los que pretenden fabricar una "poesía social", cuya falla consiste principalmente, en la carencia de toda sinceridad y todo verdadero amor hacia los humildes.

A continuación publicamos algunos poemas, escogidos en distintos momentos de la fecunda obra de Verhaeren. Hemos procurado dejar la traducción lo más cerca posible del original y sólo en una poesía ha sido posible conservar vagamente el metro y el ritmo. Pero todo parece preferible a añadir o quitar una sola palabra del maestro:

LOS POBRES

Así hay pobres de corazones, con lagos de llanto en ellos, pálidos como las piedras de un cementerio.

Hay así pobres espaldas que el dolor y el peso abruman, como su techo a las chozas de entre las dunas.

Y hay así pobres manos como hojas tristes y muertas, como hojas en los caminos ante las puertas.

Así hay pobres ojos buenos de humildad y de miseria, tristes cual los del ganado con la tormenta.

Así hay pobres gentes de dolor y de pobreza, que la miseria persigue por todo el haz de la tierra.

(De "Les visages de la vie")

EL ARBOL

Solo — ya lo meza el estío, ya lo agite el invierno, — que esté su tronco helado o su ramaje verde, — siempre a través de los días de ternura o de odio, — él impone su vida enorme y soberana — a las llanuras.

Cien y cien años hace que ve los mismos campos — y las mismas labores y los mismos sembrados. — Los ojos, hoy muertos, los ojos — de los abuelos más lejanos, — miraron día a día — arrugarse su corteza y su rudo ramaje. — El presidio, tranquilo y fuerte, a sus trabajos; — su pie velludo les procuró un lecho de musgo; — él abrigó su siesta al medio día, — y para aquellos de sus hijos que se amaron entonces — su sombra dulce fué.

En las aldeas, desde el alba, — según él canta o llora, se augura el tiempo. — Él está en el secreto de las violentas nubes — y del sol que asoma a los latentes horizontes. — El es todo, el pasado sobre los campos tristes; — pero cualesquiera que sean sus recuerdos — que con su fibra persisten, — en cuanto enero acaba — y la savia en su viejo tronco se expande, — con todos sus retoños, con todas sus ramas, — labios locos y brazos contorcidos, — lanza un grito, tendido inmensamente — al porvenir.

Entonces, con rayos de lluvia y de luz, — fija el tejido de sus hojas tempranas — contra sus nudos, alisa sus ramajes, — y tiende al cielo vencido su frente, cada vez más alta. — proyecta al par tan lejos sus porosas raíces, — que agota el surco y las tierras vecinas, — y a veces se detiene como asombrado de su trabajo, encarnizado y mudo.

Mas para dilatarse y reinar en su fuerza, — ¡qué luchas ha tenido que sufrir en invierno! — Espadas del viento punzando su corteza, — choques del huracán, furoros del aire, — escarchas semejantes a ásperas llamaduras, — el odio todo y toda la batalla, — los granizos del Este y las nieves del Norte, — y el hielo triste y blanco, cuyo diente muerde — hasta la médula, — todo fué para él daño que angustia, dolor que vibra, — sin que jamás con todo — menguara su energía — de querer firmemen-

te que su próspera vida — fuese más bella cada primavera.

Cuando en octubre el oro triunfa en su follaje, — amplos aún mis pasos, aunque lentos, cansados, — mil veces corrigieron su largo peregrinaje — hacia este árbol de otoño y de viento atravesado. — Como un brasero gigante de hojas y de llamas — alzabase él tranquilo bajo del cielo azul; parecía habitado por millones de almas, — que dulcemente cantaban en su ramaje hueco. — Yo iba hacia él llenos de luz los ojos; — lo palpaba con mis dedos y mis manos, sintiéndolo marchar hacia el fondo de la tierra — en un enorme movimiento sobrehumano; — y apoyaba yo en él mi pecho brutal — con tal amor, con tal fervor, — que su ritmo profundo y su fuerza total — pasaban a mí y penetraban hasta mi corazón.

Sentíame mezclado a su vida, amplia y bella, — y unido a él como una de sus ramas; — amaba más ardientemente el suelo, los bosques, las aguas, — la llanura inmensa y desnuda por donde las nubes pasan. — Estaba armado de firmeza contra la suerte; — mis brazos quisieran contener el espacio; — mis nervios y mis músculos hacían mi cuerpo ligero, — y exclamaba: "La fuerza es santa. — El hombre tiene que imprimir su sello — violento en sus designios atrevidos; — la fuerza es la que guarda las llaves del paraíso, — y es su puño de hierro el que abre las puertas". — Y besaba el tronco nudoso, delirante; — y cuando la noche invadía el firmamento, — me perdía en los campos muertos, — andando siempre hacia no importa dónde, — con gritos que brotaban del fondo de mi corazón loco.

(De "La multiple splendeur")

EL MOLINO

El molino en el fondo de la noche lentamente voltea — bajo un cielo de tristeza y melancolía — torna y gira, y su vela color de malva — es triste y débil y pesada y lacia infinitamente.

Desde el alba sus brazos, como brazos de dolor, — se alzaron y cayeron; y helos aquí, — que vuelven a caer allá en el aire ennegrecido — y en el silencio entero del paisaje apagado.

Una enfermiza claridad de invierno duerme sobre las cabañas, — las nubes están cansadas de su viaje sombrío, — y entre los matorrales que recogen sus sombras, — las veredas se van hacia el muerto horizonte.

Sobre un ribazo, algunas chozas de encina — asíéntanse miserables a la redonda; — una lámpara de cobre que pende de su techo — patina de fuego el muro y la ventana.

Y en la llanura inmensa y el vacío dormido, — las pobrecillas chozas contemplan — con los tristes ojos de sus ventanas rotas — el viejo molino que gira, y que, cansado, gira y muere.

(Del libro "Les Soirs")

Damos aquí una lista de las principales obras de Verhaeren:

- "Les Flamandes". Bruselas, 1883. — "Les Moines". París, 1886. — "Les Debacles". Bruselas, 1888. — "Les Flambeaux noirs". Bruselas, 1890. — "Les Campagnes Allucinéas". Bruselas, 1893. — "Les Villes Tentaculaires". Bruselas, 1895. — "Les Visages de la Vie". Bruselas, 1899. — "Les Forces Tumultueuses". París, 1902. — "La Multiple Splendeur". París, 1906, etc.

(1) "Y qué importan los males y las horas dementes, — y los cubiles del vicio, donde la ciudad fermenta, — si, algún día, del fondo de tinieblas y brumas, — surge un nuevo Cristo, en luz esculpido — quien, levantando hacia él la humanidad, — la bautice al respirar de nuevas estrellas..."

(De "Les Villes Tentaculaires")

¡Paciencia! Todo cambia.

De las ajorcas de la esclavitud se derivan quizás los brazaletes de las grandes señoras...

Y quizás el Toisón de los reyes viene de las cadenas que llevaban al cuello los presidiarios.

ANATOLE FRANCE

Los libros de Anatole France han sido puestos en el Index por la Santa Sede. ¿La razón?

Es verdaderamente inexplicable. ¿Cómo puede un espíritu culto, accesible a la belleza, excomulgar y privarse de la frecuentación de esa inteligencia maravillosa que escribió esa deliciosa leyenda titulada "El juglar de la Virgen"?

A pesar de que repetidas veces se nos haya tildado de sectarios, nosotros queremos creer que hay católicos inteligentes, cuyas necesidades intelectuales no pueden contentarse solamente con la bazofia del catecismo y han menester adornar su fe con algo más que con las metáforas de percal de un monseñor De Andrea.

"El juglar de la Virgen" es una apología a la fe sencilla y rústica, de una belleza conmovedora, como pocas veces fué escrita en loor de la "Santa Virgen" por los escritores sagrados más ensalzados.

Figúraos ese saltimbanqui recogido en el camino por el fraile cuestor y que ya en el convento, no sabiendo cómo servir a Dios, extiende su alfombra y sus carimbolos de juglar ante el altar de la Virgen y comienza a ejecutar juegos malabares como una ofrenda de amor y reverencia.

Al ser sorprendido por el padre rector en esas actividades sacrílegas y a punto de ser arrojado del convento, la Virgen, abandonando su peana, interviene y dice:

—No importa la clase y calidad de la ofrenda; lo que importa es el candor y la fé. Cada uno reza con las herramientas que está acostumbrado a usar.

Pues bien, eso mismo es lo que podía contestar France a los cardenales que lo han puesto en el Index. Y estamos seguros que si hubiese una inteligencia superior, no desdeñaría todo lo que Anatole France le ha dado al mundo, de fe, de amor y tolerancia.

Pero en este acto del Vaticano, las cuestiones de inteligencia no entran para nada. Se condena al que ha sabido siempre mantenerse independiente, desmenuzando los dogmas con una sonrisa tan formidablemente destructora que pocos, muy pocos, son los ídolos que han quedado en pie.

Su ironía ática y su nihilismo contra todo lo grosero y vulgar de los ritos, es lo que ha dado lugar a esta excomunicación.

Basta leer el capítulo "De los conventos de monjas" para saber cuán profundamente ha contribuido France a destruir el fanatismo religioso, que cuando es sincero, llega a las peores aberraciones, y cuando no lo es, emponzoña la vida con sus mojigaterías.

Valé la pena reproducir aquí ese fragmento sobre "las vidas que no sabiendo vivir ni morir, abrazan la existencia religiosa como una vida menor y como una menor muerte".

De los conventos de monjas

Es doloroso ver a una joven morir voluntariamente para el mundo. El convento espanta a cuantos no entran en él. A mediados del siglo XIV de la era cristiana, una joven romana, llamada Blesilla, ayunó de tal suerte en un monasterio, que no tardó en morir. El pueblo, furioso, siguió al féretro gritando: "¡Arrojemos, arrojemos de la ciudad a esa detestable raza de frailes! ¡Por qué no los lapidamos? Por qué no arrojarnos al río? Y cuando, cuatrocientos años des-

pués, Chateaubriand exaltó, por boca de padre Aubry, a las jóvenes que han sacrificado su belleza con las obras martiriales de la penitencia y mutilado la carne por la revoltosa cuyos placeres no son más que dolores", el abate Morellet, que era un viejo filósofo, exclamaba al oír con impaciencia aquellos elogios de la vida cenobítica: "¡si eso no es fanatismo, que venga el autor a definirme!" ¡Qué enseñan esas interminables querrelas no que la vida religiosa inspira miedo a la naturaleza y que, a pesar de ello, tiene razones de ser y de existir? El pueblo y los filósofos nunca tienen cuenta estas razones. Son profundas tocan a los más grandes misterios de la naturaleza humana. El claustro fué mado por asalto y destruído. Sus destitadas ruinas se han repoblado. Ciertas mas van a ellas por natural penitencia, tales son las almas claustales. Por son inhumanas y pacíficas se retiran mundo y buscan con alegría el silencio.



la paz. Muchos han nacido laxos, recen de curiosidad. Déjanse arrastrados inertes y sin deseo. No sabiendo vivir morir, abrazan la vida religiosa como una vida menor y como una menor muerte. Otras son conducidas al claustro por extraviadas razones. No previeron el inocentes lastimadas, una decepción de los, un secreto dolor del corazón, un gusto del universo. Su vida no dará el frío heló la flor. Adquirieron demasiado pronto el sentimiento del universal. Escóndense para llorar. Quien que se las olvide. Quiéren olvidar o más bien, aman su dolor y lo p a cubierto de los hombres y de las OTRAS hay, en fin, a quienes atrae el convento el celo del sacrificio y que se dan todo enteras, en un abandono mucho más grande todavía que el amor. Estas, las más raras, son las daderas esposas de Jesucristo. Productes la Iglesia los dulces nombres de y de rosa, de paloma y de cordera: les pec, por boca de la Reina de Virgenés, la corona de estrellas y el no del candor. Pero preservémonos de exágerar sobre lo teológico. En las mas con las virtudes místicas de las ligiosas. Y no hablo del pueblo, quien las monjas siempre han sido de pechosas, y a expensas de ellas ha festivos cuentos. Hablo del clero des-

E

ar, cuyos juicios eran muy diversos. No videmos que la poesía de los claustrales desde Chateaubriand y Montalembert.

Es preciso considerar también que las comunidades difieren según los tiempos y los países, y que no es posible juzgarlas con un criterio uniforme. El convento fué en Occidente, durante mucho tiempo, la ciencia y para conservar la ignorancia. Los hubo para el trabajo y para la ociosidad.

Hace algunos años visité la montaña de la santa Odila, hija del duque de Alsacia, que elevó a mediados del siglo XII un monasterio, cuya memoria ha perdurado en el alma del pueblo alsaciano. Aquella varosa joven buscó y encontró los medios para dulcificar en torno suyo el gran mal de vivir que padecían entonces algunas almas. Ayudada de débiles colaboradoras y servida de numerosos siervos, roturó, cultivó las tierras, crió rebaños, puso las cosechas al abrigo del pillaje. Fue previsora para los imprevisores. Enseñó sobriedad a los bebedores de cerveza, dulzura a los violentos, economía a todos. ¿Es posible percibir alguna semejanza entre esas vírgenes robustas y puras de los tiempos bárbaros, esas reales monjas, y las abadesas que, bajo Luis XV, se pintaban lunares para oír el oficio y perfumaban de polvo a la marisaca los labios de los galantes abates que se besaban los dedos?

Y aún entonces, aún en esos días de escándalo, cuando la nobleza arrojaba a las abadías a sus segundones rebeldes, había dulces almas tras las rejas de las celdas conventuales. Yo he sorprendido el secreto de una. ¡Que ella me perdone! Me el año pasado en casa de Legouin, obrero, en el muelle de Malaquais. Allí encontré un viejo manual de confesión para uso de religiosas. Una inscripción grabada sobre el título con seguro pulso me dió a entender que este libro perteneció en 1779 a Sor Ana, religiosa sumisa a la regla de las Bernardas. Estaba escrito en francés y tenía de notable que el pecado lo indicaba una doblez de hoja. Durante el exámen de conciencia, en la capilla, la penitente no necesitaba ni pluma ni lápiz para anotar sus culpas graves o ligeras. Bastábale hacer una señal en el márgen para recordar el pecado que había cometido. Y durante la confesión, ayudada del libro que servía de guía, anotaba en las hojas dobladas, Sor Ana tenía olvidada ninguna infracción de mandamientos de Dios o de la Iglesia. ¡Pues bien; en el momento de encontrar este librito en casa de mi amigo Legouin, observé que muchas culpas estaban indicadas por una sola doblez. Eran las culpas extraordinarias de Sor Ana. Otras hojas habían sido dobladas varias veces y los márgenes del papel habían muy usados. Estos eran los pedillos menudos de Sor Ana.

¿Cómo dudarlo? El libro no había sido desde la dispersión de los religiosos en 1790. Aún estaba repleto de imágenes religiosas y de historiadadas oraciones que la hermana había colocado entre las páginas.

De tal suerte pude conocer el alma de Sor Ana. Sólo encontré en ella pecados recientes, si cabe decirlo así, y abrigó la esperanza de que Sor Ana está sentada a la derecha del Padre. Jamás coram más puro ha latido bajo los blancos pliegos de las Bernardas. Me representé aquella santa hermana de cántico perfecto, algo regordeta, paseándose lentamente por el jardín conventual y marcado sin turbación, en el libro, con alfileres, los pecados tan regulares como su vida: palabras vanas, distracciones en el coro, distracciones durante los oficios, culpas desobedecidas y sensualidad en la comida. Este último rasgo me encantó. Me hice hacerme llorar. Sor Ana comía con sensualidad raíces cocidas. Y no estaba en el pecado. No dudaba. Jamás tentó a Dios. Sus pecados no tienen señal en el Himno Religioso, tenía el corazón monástico. Su destino era conforme a su naturaleza. He aquí el secreto de la sabiduría de Sor Ana.

Aunque no lo sé, me figuro que hay muchas Sor Ana hoy mismo en los conventos de mujeres. Yo reprocharía muchas cosas a los frailes; hasta prefiero pensar que no me son simpáticos. Cuan-

to a las religiosas, creo que la mayor parte poseen, como Sor Ana, un corazón monástico en el que abundan las gracias de su estado.

¿Y cómo sin ellas hubieran ingresado en el convento? Hoy no las arroja ya en él la avaricia y el orgullo de sus familias. Toman el velo porque les conviene tomarlo. Dejaríanlo si quisieran dejarlo, y, sin embargo, veis que lo conservan. Los dragones filosóficos, que asaltan los claustros en los *vaudevilles* de la revolución, habían invocado a la naturaleza y casado a las monjas. La naturaleza es más compleja de lo que piensan los dragones-filosóficos; reúne y asocia el sensualismo y el ascetismo en su seno. ¿Y cuánto a los conventos, es necesario que el monstruo sea amable, puesto que es amado, y sólo devora a voluntarias víctimas. El convento tiene sus encantos. La capilla con sus dorados vasos y sus rosas de papel, una santa virgen pintada de colores naturales y alumbrada por una lucecilla pálida y misteriosa como el claro de luna, los cantos y el incienso y la voz del sacerdote, tales son las primeras seducciones del claustro, que algunas veces superan a las del mundo.

Y es que esas cosas tienen un alma y contienen toda la suma de poesía accesible a ciertas naturalezas. Sedentaria y nacida para una vida discreta, humilde, retirada, la mujer se adapta pronto y fácilmente al convento. La atmósfera en él es tibia, algo pesada; proporciosa a las jóvenes las delicias de una lenta asfixia. En él se disfruta de un semisueño. Se olvida el pensar, y esto es un gran desahogo. En cambio se obtiene la certeza. ¿No es esto excelente conquista desde el punto de vista práctico? Deliberadamente omito los títulos de esposa mística de Jesús, de vaso de elección y de paloma maculada. La exaltación es escasa en las comunidades. Las virtudes siguen un curso tranquilo. Todo, hasta el sentimiento de lo divino, se mantiene a ras de tierra. Nada de volar. El espiritualismo, en su sabiduría, se materializa todo lo que puede, y puede más de lo que comunmente se cree. El gran problema de la vida se subdivide en una sucesión de pequeños problemas en los que la exactitud suplía al todo. Nada rompe nunca la trama igual de la existencia. El deber es simplísimo. Lo traza la regla. Hay en ella para satisfacer a las almas tímidas, dulces y obedientes. Tal vida mata la imaginación y no la alegría. Es difícil de encontrar la expresión de profunda tristeza en el rostro de una religiosa.

En nuestros tiempos se buscaría vanamente en los conventos una Virginia de Leyva o una Julia Carraciolo, víctimas rebeldes, respirando ebrimiento a través de las rejas claustrales los perfumes de la naturaleza y del mundo. Tampoco se encontraría una santa Teresa ni una santa Catalina de Siena. La edad heroica de los conventos ha pasado para siempre. El ardor místico se ha extinguido. Las causas que arrojaron a tantos hombres y mujeres a los conventos ya no existen. En los tiempos de violencia, cuando el hombre, no muy seguro de probar los frutos de su trabajo, se despertaba constantemente a los gritos de la muerte y al resplandor de los incendios, cuando la vida era una pesadilla, las más de las almas se iban a soñar con el cielo en las casas que se elevaban como navíos por encima del oleaje del odio y del mar. Esos tiempos han pasado. El mundo es ya casi soportable. Se vive en él más voluntariamente. Pero los que aún le encuentran muy rudo y muy poco seguro son libres, después de todo, de retirarse. La Asamblea constituyente se equivocó poniéndolo en duda, y nosotros hemos acertado admitiéndolo en principio.

Tengo el honor de conocer a la superiora de una comunidad cuya casa matriz está en París. Es una buena señora, que me inspira sincero respeto. No hace mucho me refirió los últimos instantes de una de sus religiosas, a la que conocí en el mundo, riendo y alegre, y que fué a extinguirse de tisis en el convento.

“Ha muerto santamente, me dijo la superiora. Todos los días de su larga enfermedad, levantábase del lecho y dos hermanas conversas la conducían a la capilla. La mañana misma de su liberación estuvo rogando en ella. Un cirio,

alumbrando ante la imagen de san José, gotaba en el suelo. Ella misma ordenó a una hermana que lo pusiera derecho. Luego se echó hacia atrás, exaló un gran suspiro y entró en la agonía. Se le administró la Extrema Unción, y sólo por el movimiento de los ojos pudo testificar la piedad con que recibía los Sacramentos de los muertos.”

Esta breve narración se me hizo con admirable sencillez. La muerte es el acto más importante de la vida religiosa. Pero la existencia cenobítica la prepara tan bien, que en ese momento supremo no hay que hacer más que en cualquier otro. Se endereza una vela que gotea, y se muere. No se necesita otra cosa para llenar una santidad minuciosa.”

Sin embargo, las sátiras de France no se han ensañado solamente contra la hipocresía religiosa. Uno de sus odios, el más encarnizado seguramente, y que se ha evidenciado en pulgas sangrientas, es el que alimenta contra los políticos.

Para France los políticos son el pináculo de la imbecilidad y de la idiotez misma.

Entrevistado una vez por Frank Harris, crítico inglés y traductor de sus libros, le contaba la siguiente anécdota para demostrarle, según su afirmación, “que no había país, como Francia, donde los políticos fuesen más bestias.”

“Figúrate — decía France — que X es uno de los políticos mejores y por eso lo han hecho primer ministro. Sin embargo, las burradas que ha cometido bastarían para encerrarlo en un establo y mantenerlo a pienso para toda la vida a fin de impedirle que continúe razonando con las extremidades y arruine al país a fuerza de ceces.

¿Queréis un ejemplo? Un día lo llevan a visitar el estudio de Rodin. Sus secretarios le habían informado previamente que Rodin era uno de los más grandes escultores vivientes y que sus obras podían compararse a las de Miguel Ángel.

También le aconsejaron que no estaría mal que él, presidente del Consejo, y la cabeza visible de la Nación, pronunciasen algunas palabras de elogio.

X entró en el estudio de Rodin, miró las estatuas, vió algunas manos, torsos, piernas, por el suelo o sobre los pedestales, y creyendo que se trataba de cosas rotas o mutiladas, le dice a Rodin, pretendiendo captarse la simpatía:

“Parece que con la mudanza sus estatuas son las que más han sufrido!”

Y Anatole France agrega:

Tal vez sea demasiado estúpido para ser verdad. Sin embargo, la estupidez es el rasgo dominante de todos los políticos. Por absurdas y tontas que sean las cosas que se mentan acerca de ellos, yo siempre las creeré. Lo terrible es que también son deshonestos.

Una vez, un político, hablando de un amigo suyo me decía: “El pobre es tan cándido! Ha ocupado tres puestos ministeriales y todavía se halla en la miseria ¡qué tonto!”

Ya véis, no solamente son inbéciles sino también pillos.

He ahí lo que Anatole France piensa de los políticos y de la política. No es raro; pues, que sus sátiras contra el Estado y los poderes constituidos, hayan logrado tan singular eficacia, pues en ellas puso pasión y odio — el odio que toda persona decente experimenta por los bribones que tanto daño le hacen al mundo.

En la Argentina los libros de France se hallan bastante difundidos. Las traducciones de Contreras, sirvieron para muchos que no conocían el francés. Hoy un libro de France se traduce simultáneamente a varios idiomas. Su enorme popularidad hace que resulte un excelente negocio editorial.

Lo que cabería preguntarse es si todos los que leen sus libros reciben una igual influencia bienhechora.

Por ejemplo, hace años hubo quien hizo notar que Anatole France era el autor favorito no solamente de las clases cultas, sino también de las clases incultas o populares. Es más, en una encuesta que llevó a cabo una revista literaria, se comprobó que el libro favorito del pre-

sidente de la república — Mr. Loubet, por entonces — era “El jardín de Epicuro” y que el volúmen de cabecera de un apache como Bonnot era “Crainqueville”, es decir, que ambos, presidente y apache, tenían como mentor espiritual a Anatole France.

Esto ha dado lugar en Francia a un movimiento de reacción entre los escritores jóvenes, quienes empezaron la más minuciosa y despiadada exégesis de los libros de France, intentando encontrar en ellos motivos para quitarle la admiración que hasta entonces le manifestaron.

Se le trató de charlatán y se descubrió que sus novelas carecían de acción. Se decía que eran libros hechos a través de otros libros. Se le reprochó no seguir una línea invariable en sus ideas y también se pretendió que sus producciones carecían de carácter y de un fondo moral.

El que más se distinguió en estas diatribas, más que críticas, fué un escritor joven hoy olvidado, un tal Glassier, quien le reprochaba sus filosofías por ser sustituto de otras filosofías, y que servían de relleno a los capítulos de sus novelas. Pero Anatole France ya había dicho: “Las filosofías son interesantes sólo como monumentos psíquicos adecuados para ilustrar al sabio sobre los diversos estados por que ha atravesado el espíritu humano. Preciosas para el conocimiento del hombre, no podrán enseñarnos nada de lo que no sea el hombre.

Los sistemas son como esos sutiles hilos de platino que se colocan en los lentes de los telescopios para dividir el campo de la visión en partes iguales. Esos hilos son útiles para la observación de los astros, pero son cosas de los hombres y no del cielo. Bueno es que haya hilos de platino en los lentes. Pero no se debe olvidar que los ha colocado el óptico.”

Como es claro, el Sr. Glassier criticaba y encontraba detestables las novelas de France en nombre de principios preestablecidos, por los cuales esas novelas no entraban dentro del canon de las novelas clásicas. Pero ¿quién eran que habían inventado esos principios o esos cánones de lo clásico? Otros hombres, y estos cánones son un poco, como los hilos de platino del telescopio que sirven para dividir el campo de la visión, pero que no están en el cielo.

POR NACER POBRE...

*¡Oh niña pobre! ¡oh niña pobre!
que viniste a la vida en la esfera del
cobre;
tú nunca gozarás de una buena salud,
oh, triste flor de esta moderna esclavitud.*

*La salud, oh mi niña, son los glóbulos
rojos,
y tú... tú sólo tienes anemia, anemia y
piojos...*

*Maldice a ese señor que a vivir te con-
dena.
sin sol, sin luz, sin aire, entre hambre y
pena;
Pero un mañana próximo tendrás tu au-
ror roja
y serás una cosa frágil y delicosa,
y entonces, el señor, codiciando tus fru-
tos,
muy “aceptadamente” te hará su pro-
stituta.*

Pedro HERRERA

*La sonrisa es una de las formas más
sencillas y más automáticas de la hipocresía,
y a la cual acompañan a menudo
las agudezas, las chanzanas, la penetración,
los sobreentendidos; tiene un arsenal
completo de armas insidiosas y brillan-
tes, con las cuales los hombres de este
siglo, tartufo defensores su propia vani-
dad, se hieren sin matarse, y se muerden
sin hacerse sangre. — P. MANTEGAZZA.*

¿Qué cosa son los Soviets?

Algunas consideraciones sobre proyectos sovietistas

Una de las más importantes cuestiones que hoy (1) se agitan en el campo revolucionario y que parece gozar de gran favor entre las masas obreras es la constitución de los Soviets o — para entendernos mejor — de los Consejos de obreros, soldados y campesinos, que el Partido Socialista Italiano, en su congreso realizado en Milán, ha decidido constituir cuando antes (2).

También algunos compañeros anarquistas han considerado esta constitución como uno de los más poderosos pasos adelante en el terreno de las conquistas y de las realizaciones revolucionarias, y puestó que se trata, en cambio — a mi parecer — de uno de los peligros en los cuales incurrir la Revolución, nos detendremos a observar brevemente la naturaleza de estos "Soviets", y los objetivos que a ellos quiere adjudicar el Partido Socialista que ha decidido su inmediata actuación.

Origen y constitución de los Soviets

La reciente experiencia revolucionaria ha demostrado cómo los Consejos de obreros, campesinos y soldados (o más sencillamente: Soviets) son las instituciones características del proletariado que surgen espontáneamente cuando la revolución ha sido hecha o está en vías de hacerse (después del encuentro victorioso con la clase dominante).

Son, por lo tanto, asambleas que se constituyen casi naturalmente en cada ciudad y en cada aldea, en las cuales participan todos los proletarios y los explotados que habiendo destruido con la revolución a la clase dominante y a su poder económico y político, se reúnen para establecer y deliberar sobre la mejor manera de organizar la producción y la distribución de los productos, la defensa armada de las conquistas revolucionarias y todos los problemas de carácter económico y social que el proletariado — libre de toda opresión — debe resolver por sí solo, con sus propias fuerzas.

En estos "Soviets" se reúne el mayor número posible de representantes de obreros, (nombrados en las fábricas o en el mismo lugar de trabajo) de campesinos y de soldados.

Estos representantes, en cualquier momento, pueden ser llamados y substituidos.

De este género fueron los primeros Soviets constituidos en la época del choque revolucionario con las clases burguesas: en Rusia en 1905 y en octubre de 1917, en muchísimas ciudades de Alemania, (antes de la traición socialdemócrata), en Hungría, en Austria, en Bulgaria, etc.

Similar a estos fué el primero y glorioso Soviet de la historia contemporánea: el de la Commune de 1871.

En Italia hemos tenido, en germen, un ejemplo de Soviet durante la semana roja y recientemente durante los movimientos por la carestía de la vida en junio, y julio de 1919, movimientos que si no hubieran sido obstaculizados por el Partido Socialista Italiano habrían llevado a la constitución de los verdaderos y auténticos Soviets. Estos movimientos, en efecto, poseían todas las características: participación espontánea de grandes masas de obreros, campesinos y también de soldados; requis de los víveres y una equitativa distribución de los mismos y resolución inmediata de los problemas más urgentes en favor del proletariado.

Un paso más y se habría llegado a las asambleas de obreros, soldados y campesinos para resolver en sentido revolucionario los más importantes problemas sociales y revolucionarios.

El Soviet verdadero es libertario

Estos consejos de obreros, campesinos

y soldados (o Soviets) en su origen tienen una tendencia marcadamente libertaria y descentralizadora y podemos fijar sus características en la forma que sigue:

1.º Formación espontánea sólo en el momento del choque victorioso entre la clase explotada y la clase explotadora.

2.º El proceso de formación viene actuando desde abajo, de las grandes masas de las fábricas, de los campos, de las minas, etc.

3.º Deciden de manera autónoma respecto a sus objetivos, sus funciones, las uniones y las relaciones con las demás instituciones revolucionarias del país.

4.º Marcada tendencia al descentralizamiento y a asumir funciones de carácter puramente económicas y sociales, que vienen así a fundirlas y a compenetrarlas con las instituciones obreras y campesinas para la producción y distribución de la riqueza.

Esto, repetimos, sucede en la primera faz inicial.

En estos Soviets siempre han participado y participarán los anarquistas, respondiendo así a su concepción libertaria.

Cuando se habla de Soviets, los más se refieren a estos organismos autónomos y descentralizados que surgen en el primer momento.

Deformación del Soviet

Pero, después del primer período de explosión revolucionaria, en el cual las masas no renuncian a su autonomía ni a su autogobierno, vienen a chocar dentro del Soviet las tendencias diversas que lo forman: socialista, sindicalista y anarquista, sobre el mejor modo de resolver los problemas más vastos y generales de organización y de reconstrucción económico-social.

Es en este segundo período que los Soviets pueden perder más o menos, su carácter inicial, según el prevalecer de las diversas tendencias o por el grado de conciencia o calidad de las masas mismas.

La reciente experiencia histórica en los diversos países, ha demostrado que, sea por falta de una acción enérgica de los anarquistas y sindicalistas, sea por la sistemática propaganda socialista, autoritaria y estatal, esta última tendencia ha tenido y tratará de tener siempre supremacía, para obtener seguidamente a esto en un período más o menos largo (en Rusia este período duró cerca de un año), que los soviets se transformen (en Rusia) o tiendan a transformarse en los demás países en órganos del Estado socialista, para el ejercicio de la dictadura proletaria, y queden ligados entre sí por lazos de subordinación y dependencia a un poder político fuertemente centralizado, autoritario y burocrático.

Es en este período cuando se demuestra toda la capacidad y fuerza de la corriente anárquica para hacer prevalecer sus sistemas descentralizadores, anti-autoritarios, federalistas, que aunque no predominan, siempre pueden ejercer una benéfica influencia sobre las resoluciones de los mayores problemas revolucionarios.

Sin embargo, por el hecho de que en Rusia prevalezca la corriente marxista, o porque ésta podrá llegar a prevalecer en otros países, nadie puede pretender imponer, desde ahora, a las masas, un sistema de Consejos de obreros, campesinos y soldados que responda a la concepción estatal y autoritaria; sólo el libre desarrollo de las fuerzas y de las

tendencias revolucionarias, creará, según los ambientes, las localidades, etc., un sistema más o menos autoritario o más o menos libertario.

Un error de los socialistas

Dicho esto observamos que el P. S. en el congreso realizado en Milán decidió constituir en pleno régimen burgués, instituciones a las cuales da el nombre de Soviets o Consejos de obreros y campesinos, que serán creados en todas las ciudades y aldeas y en los cuales participarían obreros y campesinos, de acuerdo con normas establecidas por el mismo P. S. o por sus similares, y que son aún más restrictivas que las vigentes hoy en los Soviets rusos.

Estos Soviets constituidos antes de tomar posesión del "poder político", serán experimentados "antes en determinados casos", y "después extendidos por medio de un especial organismo nacional, coargándolos y completándolos" por intermedio de los órganos sovietistas superiores, basado todo esto en el proyecto Bombacci.

En estos Soviets se deberá discutir y resolver en sentido revolucionario comunista los problemas económicos y sociales más importantes y ellos deberían así "formar el nuevo Estado proletario, acelerando de este modo el choque con el Estado burgués" y deberían además obstaculizar y paralizar el experimento social-demócrata.

Y de este modo los Consejos de Obreros y campesinos que son un fruto directo y espontáneo de la revolución, nacidos de "abajo", quizás contra la voluntad y los deseos de los dirigentes actuales y que casi cotidianamente, desde la iniciación del proceso revolucionario, van cambiando y transformándose, hasta asumir una forma estable, resultante de las opuestas tendencias revolucionarias en juego; estos Soviets se vendrían a constituir hoy mismo por el P. S. que desde lo alto ordena la formación. fija leyes, establece relaciones e impone en tal modo a la libre voluntad revolucionaria, métodos, hombres, concepciones, etc., etc.

Se crea, de esta manera, una verdadera desnaturalización de la concepción revolucionaria, puesto que la nueva sociedad y sus formas organizadoras, no pueden ser otra cosa que el resultante del proceso revolucionario y de la potente y libre expansión de las mismas fuerzas revolucionarias que deben producirse desde dentro y desde abajo.

Claramente, así podrán nacer organizaciones y hombres nuevos y sólo de tal manera podrán ellos dar una garantía de verdadera fuerza revolucionaria reflejando en ellas mismas el carácter natural del ambiente en cuyo seno se forman y del cual nacieron.

La tutela de los jefes socialistas

Parece que los dirigentes actuales temieran ver alejarse, en el momento oportuno, a las masas, y por eso ellos se obstinan en tratarlas como niños teniendo los eternamente bajo tutela. Han inventado organismos para los cuales han adaptado la hipnotizante palabra "Soviet", para encuadrar y forzar dentro de esquemas preestablecidos al movimiento revolucionario que desarrollándose con caracteres netamente libertarios, hace temer que pueda desarrollarse independientemente de las órdenes superiores y de la voluntad de los jefes, los que en esta forma se verían seriamente amenazados de ser repudiados. En esto está el peligro.

Y tales dudas se valorizan por los motivos aducidos al crear tales instituciones donde se dice que ellas se constituyen "teniendo también en cuenta las legítimas impaciencias y las tentativas de realización por parte de la masa proletaria", es decir, como un desahogo para el espíritu y la voluntad revolucionaria de las masas!

Para dar mayor fuerza a nuestra oposición sobre esta ficción de "Soviets", anotemos, todavía que de ellos se excluyen, no sólo a todos aquellos que "no aceptan los principios sovietistas" (¿qué

Subscripción del Suplemento y "La Protesta" inclusive, \$ 2.— mensuales

les?), sino también a la gran mayoría de los campesinos.

El P. S. se reserva el derecho de disolver las organizaciones sovietistas formadas irregularmente, entre las cuales no hay duda, están comprendidas las instituciones que desearan organizarse autónomamente.

Estos "Soviets" son, por lo tanto, institutos duplicados del P. S. y de la C. G. D. del Trabajo y creados en plena legalidad burguesa no pueden resultar otra cosa que instituciones donde el ala reformista del movimiento sindical y político encontrará ambiente y terreno apto para afirmar su idealidad y sus experimentos social-democráticos que, los Soviets, en cambio, habrían debido anular.

Suponer que se pueda organizar en sentido comunista la vida económica del proletariado, cuando éste todavía no se ha posesionado violentamente del poder económico y no ha destruido el político, es una conclusión reformista y por lo tanto utópica, como lo demuestra de manera patente la experiencia realizada en Austria por los Consejos de obreros, campesinos y soldados que han terminado en no ser otra cosa que apéndices del poder estatal burgués y de los cuales se han retirado todos los comunistas y revolucionarios sinceros.

La posición de los anarquistas

Establecida nuestra oposición a esta clase de Soviets que irán constituyéndose en Italia, terminamos afirmando que los anarquistas son de opinión favorable a la constitución de Consejos de obreros, campesinos y soldados (o Soviets), solamente cuando ellos surjan por propia generación y como consecuencia de tentativas de rebelión o cuando la revolución ya esté realizada; y que ellos se plejarán toda su actividad con el fin de que se mantenga en tales organismos un carácter inicial, autónomo, descentralizador, federalista, y que sus funciones sean esencialmente económicas y sociales, para la coordinación de la producción y distribución de la riqueza, y que no sean, en cambio, transformados en órganos políticos y estatales, sobreponiéndose a las funciones productivas creando así nuevas jerarquías socialmente destinadas a preparar una nueva división de clases.

ARGON

(1). — El período "sovietista" puede decirse que ya ha pasado, porque el concepto político del "comunismo" anuló la idea originaria del Soviet y le quitó su importancia para los obreros.

(2). — En Italia no se llevaron a cabo los acuerdos del citado congreso, lo que se refiere a los Soviets. Y se puede decir que están completamente descartados del programa del Partido Socialista Italiano. Pero no por eso carece de interés, desde el punto de vista teórico, la definición que se hace del Soviet en el presente artículo.

Nosotros vimos de las migajas caídas de la mesa de la revolución en el siglo último; este nutrimento es desde mucho tiempo mascado y remasado. Ideas tienen necesidad de alimentos desarrollos nuevos. Libertad, igualdad, fraternidad no son ya lo que eran en época de la difunta guillotina. Los pocos se obstinan en no comprenderlo; los otros lo odian. Quieren revoluciones parciales, revoluciones todas de superficie, orden político, etc. Lo que importa es la revuelta del espíritu humano.

IBS

COMPANEROS: DIFUNDO

LA PROTESTA